

DEMOCRACIA Y PROGRESO ECONOMICO*

Michael Novak

En su nuevo libro, *Development is a State of Mind*,⁽¹⁾ Lawrence E. Harrison afirma de manera convincente que el factor más determinante del desarrollo económico es el factor humano: el factor cultural. Esto significa, esencialmente, que la idea que un pueblo tiene de sí mismo y del mundo y el modo en que se organiza- reviste una importancia decisiva.

Supongamos que una cultura, guiada en lo más profundo de su espíritu por el judaísmo y el cristianismo, sostiene que todo ser humano, hecho a imagen y semejanza del Creador, aspira a ser. co-creador con Dios, revelando los secretos que el Señor ha ocultado en Su creación e inventando nuevos bienes y servicios destinados al mejoramiento de la raza humana. Supongamos, en pocas palabras, que una cultura se organiza para el desarrollo de sus facultades creativas. ¿Cómo puede lograrlo?

En general, dispone de dos caminos: por medio de las instituciones y por medio de las virtudes que se transmiten a través de la enseñanza.

I. Las instituciones de la creatividad

Los seres humanos viven en instituciones, así como los peces viven en el agua. Los seres humanos son criaturas institucionales. En realidad, podríamos decir, dando más fuerza a esta metáfora, que los seres humanos no sólo viven en instituciones, como los peces viven en el agua, sino que las instituciones viven en los seres humanos y dan forma al alma humana. Evidentemente, la institución del lenguaje es parte integrante de nuestra alma e influye sobre la manera en que percibimos la realidad. Cada lenguaje humano es diferente de los demás. Por lo común, las personas que hablan una lengua perciben el mundo en forma muy diferente de aquellas que hablan otra lengua. Lamentablemente, mi conocimiento del español es rudimentario, pero mi experiencia con el italiano, el francés y el alemán me indica que estas tres lenguas se caracterizan, de manera tradicional, por tener una forma sustancialmente distinta de "ver" y de "pensar". Lo mismo ocurre con el inglés. La lengua italiana se insinúa suavemente, siguiendo a menudo vías indirectas y recurriendo con notable frecuencia al empleo del género femenino. El francés es espléndido para los aforismos, las abstracciones (*liberté, égalité, fraternité*) y las ideas claras y distintas. El alemán es excelente para expresar modificaciones, calificaciones, distinciones y comparaciones. El inglés tiende a menudo a ser brusco, concreto y material (*Siam, crack, bang*).

Lo mismo sucede con otras instituciones. Las instituciones de la Iglesia Católica Romana se introducen en el alma de una manera muy diferente de aquella en que lo hacen las instituciones de las iglesias protestantes, no sólo en lo que concierne a los rituales,

liturgias y vestimentas, sino también en cuanto a los principios de autoridad y a la importancia que asignan a la conciencia individual.

Ocurre lo mismo con los deportes nacionales de cada pueblo. El fútbol se juega con los pies, así como el béisbol se juega con las manos. Y las reglas de cada equipo y de los jugadores difieren considerablemente en ambos juegos. Incluso las leyes del juego son diferentes en cada uno de ellos. El béisbol refleja el estilo de vida del hombre norteamericano :sus controles y equilibrios; su respeto a la ley ; su reconocimiento del papel de cada individuo y su énfasis en el juego acumulativo de la totalidad del equipo. Aquel que quiera entender a Norteamérica, debe entender el béisbol (así como el fútbol y el básquet, nuestros otros dos juegos "nacionales").

Se sobreentiende que las instituciones políticas -los diversos modos en que los pueblos se organizan para establecer sus gobiernos- no son sólo el resultado de hábitos y percepciones diferentes, sino que a su vez refuerzan esas diferencias de hábitos y percepciones.

Del mismo modo, las diferentes formas en que las diversas culturas se organizan para desarrollar sus actividades económicas afectan profundamente la psiquis, los hábitos, los deseos, los incentivos, los sueños y la moral de los pueblos.

En todo el mundo, los pueblos parecen estar despertando y en la actualidad aspiran a satisfacer dos nuevos deseos: el de liberarse de la coerción arbitraria (es decir, de la tiranía), y el de liberarse de la pobreza. En todas partes, la gente parece desear 1) la democracia y 2) el desarrollo. El noventa por ciento de los pueblos de América latina vive hoy bajo regímenes democráticos. Es indudable que todos los latinoamericanos anhelan también un desarrollo rápido, amplio y universal. Todos ellos, especialmente los sectores más pobres, quieren "mejorar su situación". Y sin embargo, hay una pregunta que aún no ha recibido respuesta: si las metas son la democracia y el desarrollo, ¿es estrecha la puerta de acceso a dichas metas? En otras palabras, cuando una cultura exige como fin último la democracia y el desarrollo, ¿debe adaptarse a los medios institucionales necesarios para alcanzar esa meta? O, dicho de otra manera, parece improbable que una cultura pueda alcanzar determinada meta sin adecuarse disciplinadamente a los modos de ver y actuar que la tornan realizable. La democracia y el desarrollo son metas morales. Imponen necesariamente una nueva moralidad para que sea posible alcanzarlas.

Con respecto a la democracia, resulta evidente para todos que un régimen verdaderamente democrático sólo puede lograrse si se establecen ciertas instituciones claramente especificadas. Debe haber elecciones. Debe haber partidos políticos libres. Debe haber separación de poderes, es decir de los poderes ejecutivo, legislativo y judicial. Debe haber instituciones de defensa de los derechos humanos: juicio por jurados, habeas corpus, etcétera. Debe haber, además, separación de sistemas: el sistema político

debe estar separado de los poderes que influyen sobre la conciencia, la información y las ideas, esto es, de las instituciones de conciencia (las iglesias), de las instituciones de información (la prensa) y de las instituciones de ideas (universidades, editoriales y asociaciones libres de poetas, escritores, artistas, etcétera).

¿Por qué es necesaria la democracia? Lo es, fundamentalmente, porque todo ser humano alguna vez cae en falta. Ninguna persona (o clase social) debe tener en sus manos la suma del poder.

El poder humano en sus diversas formas debe estar dividido, y es preciso mantener esas formas bajo control y en equilibrio. La raíz moral de esta necesidad es el hecho de que el hombre es un ser pecador. Ningún ser humano es perfecto: ni aun a los santos puede otorgárseles un poder total.

Detrás de esta idea subyace el lúcido pensamiento de Montaigne: los seres humanos somos a veces crueles. Los seres humanos necesitamos protegernos de nuestra propia crueldad. Todos nosotros tenemos razones para temer que no podremos soportar la tortura. Tenemos razones para temer el aniquilamiento de nuestra conciencia bajo la tortura. Tenemos razones para protegernos de todos los torturadores potenciales. La raíz del deseo de liberarnos de la tiranía reside en nuestra justificada aversión a la idea de que el poder caiga en manos de torturadores potenciales.

En los sectores de izquierda solía decirse que la democracia es una "ilusión burguesa.". Actualmente, aun entre los marxistas (fuera de los países marxistas al menos) dicha opinión casi ha desaparecido. Quienes han conocido el yugo de tiranos y dictadores, no pueden afirmar plausiblemente que la protección contra la tiranía es una ilusión. La crueldad de los tiranos no es, por desgracia, una ilusión. En el siglo XX hemos sido testigos de crueldades casi inimaginables. Por lo tanto, los cimientos intelectuales de la democracia son muy sólidos. Virtualmente en todas partes los hombres buscan la indispensable protección de los inalienables derechos que Dios les ha otorgado. Sólo las instituciones de la democracia parecen asegurar esta protección.

Es menos seguro, sin embargo, que se haya reconocido universalmente cuáles son las instituciones que conducen realmente al desarrollo económico. Liberarse de la tiranía es, en cierto modo, más fácil de lograr que liberarse de la pobreza. Sin embargo, para ganarse la voluntad de todos los ciudadanos, las democracias deben demostrar que son capaces de promover el desarrollo económico. Pero no sólo eso. Deben crear "sociedades que brinden oportunidades", es decir, sociedades en las que cada familia tenga la oportunidad de "mejorar su situación", esto es, salir de la Pobreza. Pero una democracia que no vaya acompañada de un amplio desarrollo, y de oportunidades para todos los ciudadanos, no puede perdurar.

El sueño de una buena sociedad no es solamente un sueño de liberación política. Es también un sueño de liberación económica. Por este motivo, la revolución más importante de la era moderna fue la llamada revolución de la "*economía* política". Esto significa avanzar en dos frentes a la vez: una sociedad debe avanzar sin prisa y sin pausa, tanto en política como en economía. El descubrimiento más trascendente de la era moderna es que pueblos enteros *pueden* hacer algo para revertir su inmemorial pobreza. Es posible eliminar la pobreza o, para expresarlo positivamente, todos los pueblos de este planeta pueden crear nuevas riquezas de un modo sostenido y sistemático con el fin de forjar una sólida base material para cada uno de los miembros de la sociedad. Si pueden producirse en medida suficiente nuevas riquezas, no hay razón para que haya pobreza. La posibilidad de liberarse de la pobreza está al alcance de todos los seres humanos.

Éste es el sueño del "capitalismo democrático" tal como lo concebimos en Estados Unidos. El capitalismo democrático es economía política (la *política*: democrática; la *economía*: capitalista). Es la economía política de las dos liberaciones: 1) liberación de la tiranía y 2) liberación de la pobreza. La democracia por sí sola es un bien muy preciado. No obstante, para que los pueblos del mundo alcancen pleno éxito en su lucha por liberarse de la pobreza., la democracia debe estar acompañada de una economía dinámica y creativa.

Admito que en gran parte de América latina el término "capitalismo" se usa siempre de manera peyorativa. Los marxistas lo emplean, sin duda, de ese modo. Pero es significativo que también lo hagan muchos sectores tradicionalistas cuya concepción del mundo responde a la era precapitalista. Vemos con frecuencia que los sacerdotes consustanciados con esa concepción se oponen al capitalismo. Lo mismo ocurre con la mayoría de las tradiciones literarias cuyas raíces son precapitalistas. Por lo tanto, no insistiré en el empleo de la palabra "capitalista". Tal vez sea preferible describir las instituciones económicas antes mencionadas como una "economía social de mercado, dinámica y creativa". La *palabra* no es significativa; lo significativo es la realidad, es decir, el conjunto creativo de las instituciones que producen desarrollo de una manera regular y previsible.

En la América latina actual no veo una sola economía capitalista. Virtualmente en cada país de América del Sur y de América Central el Estado tiene un peso desproporcionado, tal como lo tuvo en la Gran Bretaña precapitalista, antes de Adam Smith. A menudo los bancos están nacionalizados, como también muchas, si no la mayoría, de las principales corporaciones. La mayor parte de los ingresos del cincuenta por ciento o más de todos los ciudadanos proviene directamente del Estado. Las dos clases más poderosas son los terratenientes y los militares. La clase media es relativamente pequeña. Las economías parecen estar organizadas de arriba abajo. El sector de la pequeña empresa, que debería ser el más extenso y dinámico, es relativamente reducido y carente de poder.

Espero que estas observaciones sean precisas y confiables. En efecto, intento dar una descripción objetiva, evitando todo juicio de valor. Sin embargo, es justo señalar que desde 1945, o aun 1960, se han efectuado inmensos progresos. Rara vez en la historia las naciones progresaron tanto como lo hizo América latina durante los últimos cuarenta años: elevación del Producto Bruto Nacional, ascenso a la clase media de millones de personas pertenecientes a las clases bajas, incremento del número de jóvenes universitarios, aumento de la matrícula en la escuela secundaria, crecimiento de los niveles de alfabetización, aumento de la expectativa promedio de vida, disminución de la mortalidad infantil, etcétera. Las actuales dificultades suelen impedir que los seres humanos aprecien en su justo valor los tremendos logros obtenidos por las generaciones de sus padres y sus abuelos. Siempre es injusto ser desagradecidos.

Pero es un signo de realismo y de coraje enfrentar las tareas que aún quedan por hacer. En toda América latina se sienten este realismo y este coraje. Y ello despierta nuestra admiración.

Permítaseme entonces concentrarme en las instituciones del desarrollo económico. El primer principio que deseo subrayar es que la riqueza de las naciones fluye de abajo hacia arriba y no a la inversa. Quienes tratan de generar un crecimiento amplio y dinámico, deben comenzar por abajo. Debemos dar al pueblo, especialmente a los sectores más pobres, la posibilidad de desarrollarse. Hablo aquí como un teólogo que procura estudiar las necesidades de los pueblos para alcanzar su desarrollo económico; no hablo como un economista. Sin embargo, con respecto al aumento de la riqueza en Estados Unidos después de 1776, así como a la creación de recursos en Gran Bretaña antes del advenimiento del capitalismo (cuya aparición podríamos hacer coincidir, por razones de conveniencia, con la publicación del libro de Adam Smith, *An Inquiry Into the Nature and Causes of the Wealth of Nations*, en 1776), los hechos nos obligan a destacar la decisiva importancia de la multiplicidad de pequeñas granjas y pequeñas empresas en la base de la sociedad, varias generaciones antes de la aparición de las grandes corporaciones.

Cuando el número de personas empleadas en Estados Unidos ascendía a 79 millones, creamos a partir de 1970 29 millones de nuevos empleos. Durante este período, el empleo en las grandes corporaciones y en todos los niveles de gobierno (local, estadual y federal) permaneció casi estático. La pequeña empresa fue responsable de la creación de aproximadamente el ochenta por ciento de estos 29 millones de nuevos empleos. Nunca nos cansaremos de enfatizar la importancia que reviste la creación de millones de pequeñas empresas. Cada pequeña empresa no sólo asegura el sustento de una familia sino también, comúnmente, el de uno o más empleados. Las personas que quieren crear nuevos empleos deben establecer un entorno tan creativo como sea posible para facilitar la generación de cientos de miles de pequeñas empresas.

El segundo principio que quiero subrayar, por consiguiente, es la necesidad de apoyar al sector de la pequeña empresa, al empresario local. Nos estamos refiriendo a un apoyo moral. La sociedad debe honrar a sus empresarios, así como honra a todos aquellos que por su espíritu creativo se destacan en el campo de las artes, la diplomacia, el periodismo, el derecho, o cualquier otra profesión. Los empresarios son creativos. Conocen toda la angustia existencial de la toma de decisiones, el riesgo de la inversión, la libertad, el eventual fracaso y el éxito creativo. También ellos ejercen un arte de alto valor humano. Una sociedad que quiere dar trabajo a muchos millones de desocupados y subocupados debe alentar a estos artistas de la economía.

Pero tales personas necesitan algo más que reconocimiento cultural y apoyo moral. Son los constructores del futuro. Para poder construir, necesitan tener acceso al crédito. Las instituciones bancarias deben favorecer a los sectores inferiores de la sociedad, incluso a los más desprotegidos, a fin de ayudarlos a emprender la marcha por el camino del progreso. El campesino de una remota aldea necesita crédito para comprar el camión que le permitirá transportar al mercado su producción y la de sus vecinos. Quienes participan activamente en la creación de mercados necesitan créditos para financiar sus tareas, civilizadoras, pacíficas, legales y productivas, sin las cuales ninguna economía puede funcionar. La actividad comercial debe ser considerada como una elevada vocación humana, la vocación de co-creadores que ayudan a edificar una sociedad comunitaria, libre y voluntaria. Las pequeñas empresas necesitan acceder al crédito.

Es necesario, además, que no se vean trabadas por gravámenes punitivos. En una isla del Caribe, aun los ingresos de menos de 2.000 dólares están gravados con impuestos del sesenta por ciento. Con semejantes tasas impositivas ¿qué incentivo puede haber para la expansión de las actividades económicas? Cuando los impuestos son tan altos, la expansión de la actividad económica resulta sumamente onerosa. Más aun, existe una aguda distinción, terriblemente real, entre las altas *tasas* impositivas y los altos *ingresos* que obtienen efectivamente los gobiernos de la recaudación impositiva. Cuando las *tasas* impositivas son demasiado elevadas, declina el *ingreso* real. Un gobierno puede reducir las tasas impositivas con el fin de percibir *ingresos* reales más altos. Cualquier sociedad que intenta promover la creatividad de los activistas económicos, debe estudiar cuidadosamente los efectos incentivadores de los impuestos. Los activistas económicos no son irracionales. Cuando se los castiga por su éxito, evitan el éxito. Cuando se los recompensa por su éxito, actúan de manera más creativa. El principio consiste, entonces, en aumentar al máximo la actividad económica, ajustando las tasas impositivas para favorecerla, y no para castigarla.

Cuando una sociedad recompensa las actividades económicas, cosecha abundantes frutos. Cuando las castiga, cunde el desaliento.

Los países latinoamericanos podrían beneficiarse quizá si estudiaran los esquemas de recompensa y castigo -mediante créditos e impuestos- aplicados en Japón, Taiwán, Corea

del Sur, Singapur y otras naciones. De hecho, siempre que las naciones han logrado constituirse en sociedades más creativas desde el punto de vista económico, su ejemplo merece ser estudiado. La economía es una ciencia y un arte que se funda en la realidad, y no en palabras o promesas. Debemos estudiar siempre lo que es real y concreto, en lugar de dejarnos llevar por planes utópicos que no dan frutos, ni satisfacen las necesidades de la población.

¿Por qué un teólogo habla de política impositiva? Porque a través de la política impositiva, el poder del Estado llega a cada familia y afecta las actividades creativas de cada ser humano. Después del poder militar y del poder policial, el mayor poder que tienen los gobiernos es el de imponer gravámenes. Este poder ha de ser usado creativamente, y para promover la creatividad; pero no debe ejercerse en forma punitiva, y para reprimir la creatividad, porque toda sociedad debe cumplir el mandato de forjar un pueblo a imagen y semejanza del Creador.

Después de referirme sucintamente a las *instituciones* necesarias para establecer una economía política creativa, pasaré a considerar las *virtudes* indispensables para alcanzar ese fin.

2. Las virtudes de una sociedad creativa

La mayoría de los filósofos y de los teólogos ignoran las grandes virtudes que requiere una economía política destinada a liberar a los hombres, tanto de la tiranía como de la pobreza. Éste es un craso error. La liberación de la tiranía y de la pobreza es, esencialmente, una tarea de índole moral. Como rezaba una leyenda que el poeta francés Charles Peguy había colocado sobre su puerta: "La revolución será moral o no será nada".

Sin embargo, las virtudes requeridas por una economía política creativa no son las mismas que exige una sociedad tradicionalista. El gran descubrimiento de la era moderna es que los seres humanos no están indefensos, ni se muestran pasivos frente a la Política y la economía. Por el contrario, pueden plasmar la política y la economía bajo las cuales quieren vivir. Pueden forjar su propia economía política. En cierto sentido, ésta es su obra maestra: la construcción del sistema económico y político que habrá de regir sus vidas.

En las sociedades tradicionalistas, por el contrario, las virtudes más apreciadas eran la reconciliación y la resignación. En la Edad Media la frase de Dante, "*Nella sua volontà é nostra pace*", podía interpretarse como una exhortación a la paciencia y la aceptación. Pero en las circunstancias modernas esas palabras adquieren otro significado. En nuestros días, la "ética social" significa que cada pueblo es responsable de su propio sistema. Un gobierno es justo sólo si cuenta con el consenso de los gobernados. Un sistema económico es justo sólo si es establecido libremente por sus propios participantes. La

persona humana debe elegir. Los seres humanos deben aceptar sus responsabilidades. Deben asumir la creación de su propio destino.

Es evidente que lo hacen principalmente a través de las instituciones que ellos mismos eligen para asegurar el adecuado funcionamiento de la sociedad en que viven. Éste es el motivo por el cual hemos considerado, en primer lugar, las instituciones. Una economía política deficientemente concebida frustra incluso a un pueblo virtuoso. Consideremos, por ejemplo, el caso de Polonia. ¿Cómo puede ser justo un sistema en el cual un obrero metalúrgico trabaja arduamente durante largas horas para producir acero, que luego queda arrumbado en los depósitos porque los planificadores del Estado son incapaces de encontrar un mercado donde puedan vender dicho acero a un costo proporcionado con su costo de producción? (2) Por más virtuoso que sea ese obrero su trabajo se malogrará si el sistema no funciona. Por el contrario, aunque un pueblo no sea particularmente virtuoso, si el sistema económico y político imperante es creativo, el trabajo de los ciudadanos producirá abundantes frutos. Un buen sistema recompensa aun a los pueblos menos virtuosos, mientras que un mal sistema castiga incluso a los pueblos dotados de altas virtudes. Por consiguiente, *sistema* y *virtud* no son la misma cosa.

Sin embargo, ningún sistema puede sobrevivir largo tiempo si las virtudes del pueblo flaquean. Los seres humanos son seres humanos. No son partes de una máquina. Cualquiera que sea el papel que desempeñan en el sistema -y toda sociedad moderna compleja requiere una diferenciación de roles-, la manera en que cumplen ese papel tiene vastos efectos sobre el conjunto de la sociedad. Si son personas honestas y concienzudas, que realizan sus tareas con habilidad y precisión, dando muestras de imaginación y creatividad, y preocupándose por idear nuevos y mejores métodos de trabajo, el sistema del cual forman parte se beneficiará con esa eficiente labor. De lo contrario, el sistema fracasará. Si las personas no reúnen estas cualidades, la esfera ocupacional en la que se desempeñan estará condenada al fracaso. Y esto también afectará negativamente a todo el resto de la sociedad. En este sentido, ningún sistema es mejor que la suma de virtudes de aquellos que ocupan en él posiciones de responsabilidad.

Como hemos dicho, las tareas económicas son esencialmente asociativas. Por esta razón, los pueblos modernos gustan tanto de los deportes en equipo. Estos deportes son para ellos un reflejo de su propia vida cotidiana. Ningún equipo es superior a cada uno de sus jugadores y a la capacidad de éstos para desarrollar su juego entre todos, compensando los errores y debilidades de cada uno de los miembros del equipo y acrecentando mutuamente sus fuerzas. La literatura de las modernas economías capitalistas ensalza excesivamente al individuo. La creatividad individual es singularmente importante, pero en una moderna economía libre el factor más decisivo es el trabajo de equipo, junto con todas las virtudes necesarias para llevar a cabo una asociación cooperativa y voluntaria. Las modernas empresas comerciales son empresas asociativas.

Exigen el ejercicio de todas las virtudes sociales: cortesía, civilidad, franqueza, cooperación, mutua consideración y respeto, y ese sano espíritu de competencia que moviliza en cada persona sus mejores cualidades. Exige -como lo señala el libro *In Search of Excellence*,⁽³⁾ un estudio de varias empresas comerciales que se han destacado por sus importantes logros- el esfuerzo de todos para alcanzar dicho nivel de excelencia, y tiene enormes efectos económicos.

Consideremos lo que ocurre en cualquier empresa comercial cuando los vicios comunes reemplazan a las virtudes, cuando en lugar de ellas imperan la deshonestidad, la negligencia en el trabajo, la haraganería, la incapacidad para trabajar en equipo, el mal genio, el robo o la mentira. ¿Puede una persona de sólidos principios morales trabajar mucho tiempo para una firma de tal naturaleza? ¿Pueden los bienes y servicios producidos por esa firma responder a normas de calidad satisfactorias?

Además de las virtudes que se dan comúnmente en la vida diaria, una política económica creativa plantea exigencias especiales. Exige imaginación. La causa de la riqueza de las naciones radica en el ingenio humano. Gracias a su ingenio e inventiva, el hombre descubre nuevos métodos y técnicas, nuevos servicios destinados a la comunidad, nuevos bienes que mejorarán sus niveles de vida. Es evidente que la virtud esencial de una sociedad creativa es la creatividad humana.

¿Por qué, -por ejemplo, cada uno de nosotros no tiene su teléfono personal que pueda llevar consigo y le permita comunicarse instantáneamente, incluso a grandes distancias, con aquellos con quienes desee ponerse en contacto? ¿Por qué esos teléfonos no podrían proporcionarnos, como lo hace la TV, imágenes visuales de las personas con quienes hablamos? No hay duda de que estos aparatos se inventarán en un futuro cercano y que formarán parte de nuestra vida de todos los días. ¿Dónde aparecerán por primera vez? ¿En Japón? ¿En Estados Unidos? ¿En Alemania Federal? ¿Por qué no en la Argentina? No importa. Lo importante es que vendrán.

Y lo mismo ocurrirá con muchos otros nuevos artefactos que nos permitirán vivir en un mundo más humano, donde la voluntad del hombre podrá ejercerse más libremente y se estrecharán los vínculos de comunicación entre todos los miembros de la comunidad.

Las instituciones educacionales que privilegian la virtud de la creatividad se beneficiarán con ello. Las familias que estimulan la enseñanza creativa en la educación de sus hijos verán con alegría los logros que ellos obtengan. Las naciones que recompensan la creatividad cosecharán sus beneficios.

3. Conclusión

A lo largo de toda mi exposición he querido subrayar que las circunstancias de la vida moderna ofrecen a la raza humana nuevas posibilidades morales, pero al mismo tiempo le

imponen también nuevas responsabilidades morales. Ser un ciudadano en una sociedad moderna implica -asumir un nuevo destino moral. Sin embargo, tal destino concuerda con el destino establecido para nosotros en el Libro del Génesis, en el cual leemos que los hombres y mujeres fueron hechos a imagen y semejanza de Dios, el Creador de todas las cosas, el Creador de todos nosotros. Es una buena obra. Nuestra vocación como cristianos y judíos es desentrañar las claves que Nuestro Señor nos ha dejado, con el fin de poner de manifiesto toda la belleza oculta en Su obra. Para realizar esta tarea debemos liberarnos de la tiranía y de la pobreza. Nuestra vocación es alcanzar la liberación, y para ello debemos promover esa creatividad humana que es la meta de una auténtica liberación.

Ésta es, en todo caso, la visión de la Teología de la Creación.

* Conferencia pronunciada por el autor el 12 de junio de 1985 en, al acto académico de ESEADE, donde egresaron los profesionales que completaron el Programa Master en Economía y Administración de Empresas durante el año 1984 en esta casa de estudios.

(1) Lawrence E. Harrison, *Development is a State of Mind*, Cambridge, Massachusetts, Harvard University Press, 1985.

(2) Véase Josef Tischner, *The Spirit of Solidarity*. Traducción: Marek B. Zaleski y Benjamin Fiore, S. J., New York, Harper & Row, 1982.

(3) Thomas J. Peters y Robert H. Waterman (h.), *In Search of Excellence: Lessons from America's Best-Run Companies*, New York, Harper & Row, 1982.